
Moisés PÉREZ MARCOS, *¿Qué es la neuroteología?*, Sevilla: Senderos, 2023, 189 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-124528-6-0.

Hay temas que están de moda como es el caso de las neurociencias y que reclaman una atención especial para valorar adecuadamente su contribución. Hay libros que consiguen ese objetivo y que merecen atención. Detrás de esos libros hay autores cuyas publicaciones no son flor de un día, sino que tienen el gusto de lo bien trabajado. Y por último hay libros que también se enmarcan dentro de proyectos más amplios. Todo esto lo cumple el libro escrito por Moisés Pérez Marcos: “¿Qué es la neuroteología?”.

Este libro se encuadra dentro de la Biblioteca de Conceptos Fundamentales, iniciativa impulsada por Juan Arana en colaboración con la editorial Senderos, que

aborda sintética y críticamente temas como la conciencia (Arana), el alma (Anaya), la antropología (Rodríguez Valls), el universo (Soler Gil), el transhumanismo (Velázquez Hernandez), las emociones (Rodríguez Valls) o la enfermedad (Fernández Hinojosa), por citar solo algunos. Cada libro merecería un artículo *a se* y vale la pena leerlos, pero nos centraremos en el de Pérez Marcos.

Ya en los primeros párrafos el autor nos deja una afirmación bastante neta: “Es innegable que lo neuro está de moda” (p. 14). Desde que han aparecido las técnicas de neuroimagen y con ellas la posibilidad de estudiar algunos aspectos del funcionamien-

to del cerebro vivo, se ha creado un nicho cognitivo de gran potencial: el del estudio del órgano que consideramos más esencial para entender quiénes somos los seres humanos. Dando lugar a una ola en la que el sujeto es concebido desde su cerebro más que desde su personalidad (p. 184).

El desarrollo de esta y otras formas de estudio no invasivo del cerebro ha permitido empezar a observar correlatos asociados a la toma de decisiones, el ejercicio de la libertad, a la formación de creencias, al funcionamiento de la memoria, o al ejercicio del razonamiento, con lo que nos hemos podido adentrar en cotos normalmente reservados para las humanidades. De entre los cuales el más provocador, intelectualmente hablando, puede ser precisamente el relacionado con la ciencia sobre Dios, la teología. De ahí que en los últimos años se ha desarrollado una neuroteología que “busca sobre todo identificar los correlatos neuronales de las distintas experiencias religiosas, pero [que] estudia también los correlatos de los rituales, las creencias, la oración, la conversión religiosa o cualesquiera otros elementos que tradicionalmente forman parte de la religión” (p. 14).

El libro de Pérez Marcos ofrece en su primer capítulo una breve panorámica de las principales concepciones de la neuroteología. Tras recoger las clasificaciones tripartitas de Gaitan y Castresana y de Aku Visala, hace su propia categorización en cinco posturas que son: la neurocientífica reduccionista, la neurocientífica no reduccionista, la teológica que tiene en cuenta los datos de la neurociencia, la neuroteología como programa de estudio interdisciplinar que busca la síntesis entre teología y neurociencias, y la que siendo también una colaboración interdisciplinar busca una integración, en la medida de lo posible y reconociendo la gran dificultad que supone. Esta última postura es a la que se suma el autor ya que entiende que no es posible la síntesis entre ambas disciplinas y bastaría con un diálogo fructífero

entre teología y neurociencias que permita un enriquecimiento y un esclarecimiento mutuo (pp. 26-27).

Una vez hecha la clasificación, en el segundo capítulo se estudian posturas neurocientíficas reduccionistas, es decir aquellas para las que el estudio neurocientífico de la religión, es suficiente para dar razón del fenómeno religioso. Comienza con una conceptualización del fenómeno religioso como algo patológico y localizado en el lóbulo temporal; y a lo largo de más de 40 páginas recoge las posturas del casco divino de Persinger, el marcador límbico de Saver y Rabin, los fantasmas cerebrales de Ramachandran, el gen divino de Hamer y la “peor parte del cerebro” de Alper. De este capítulo se sale con una doble sensación. Amarga, por haber perdido el tiempo al leer las posturas de los distintos autores –bien expuestas, todo sea dicho–; y, por otro, de alivio por leer las acertadas valoraciones críticas tanto realizadas por Pérez Marcos como traídas de otros autores. Este capítulo me recordó por su estructura y claridad al libro de Mariano Artigas “Oráculos de la Ciencia”.

El tercer capítulo sigue teniendo la calidad de los anteriores, pero se respira otra cosa cuando se lee. Aquí ya no se percibe el rancio cientificismo del capítulo anterior ni los deseos de descubrir al “culpable” de que tengamos la idea religiosa en nuestro cerebro. La amplitud de miras de los enfoques es otra. Se empiezan a ver posturas que valoran tanto lo que dice la neurociencia como lo que dice la teología o por lo menos posturas que son respetuosas con la posibilidad ontológica de la existencia de Dios y por lo tanto de la religión como relación con Él.

El capítulo comienza con los planteamientos de D’Aquili y Newberg y recorre de modo ascendente los de Beauregard, McNamara y McGilchrist. Digo de modo ascendente porque, aunque los puntos de partida y las afirmaciones sean muy diver-

sas, se tiene la sensación de que las dos últimas posturas son programas de investigación más sugerentes y tienen menos fallos conceptuales. La heterogeneidad de posturas ayuda a darse cuenta, como el mismo autor reconoce, de que la neuroteología está en pañales, pero eso no quita que haya autores que han pensado con solvencia.

Para terminar el libro, Pérez Marcos hace un recorrido por los desafíos técnicos o metodológicos de las investigaciones neurocientíficas centrándose especialmente en los límites de las técnicas de neuroimagen, por ser el método más utilizado en esta investigación, pero señalando también las dificultades comunes con otras ciencias como pueden ser la operacionalización, la dependencia sensible del entorno o la dependencia del testimonio subjetivo de las personas que tienen experiencias religiosas.

Por último, en el quinto capítulo el autor repasa algunos desafíos filosóficos de este tipo de investigaciones, desde la dificultad para definir la religión como objeto de estudio, o que no sabemos cómo funciona el cerebro, hasta los problemas con las conceptualizaciones semánticas o metafóricas ya que el cerebro no es una máquina de computación. Queda así patente, una vez más, la necesidad de la filosofía para valorar adecuadamente la actividad científica, pero también que la filosofía es el interlocutor necesario para que pueda existir un diálogo entre ciencia y religión. Y esa es una de las grandes virtudes de este libro: filosofía de calidad.

Rubén HERCE
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.56.1.258